

Amiclea, antes de haber visitado todos los rincones de la Lacedemonia? ¿Te contentarás con nombrar al Eurotas, sin señalar su curso, sin describir sus orillas? ¿Qué anchura tiene? ¿De qué color son sus aguas? ¿Dónde están sus cisnes, sus cañas y sus laureles? Cuando se trata de la patria de Licurgo, de Agis, de Lisandro y de Leónidas, deben referirse las menores particularidades. Todos han visto á Atenas, pero muy pocos viajeros han penetrado hasta Esparta; ninguno ha descrito completamente sus ruinas.

Mucho há que hubiera satisfecho la justa curiosidad del lector, si en el mismo momento en que me ve en lo alto del castillo de Misitra, no me hubiese yo dirigido interiormente todas las preguntas que en este momento le escucho hacerme.

Si se ha leído la introducción á este *Itinerario*, ha podido verse que nada había descuidado para procurarme todos los datos posibles respecto de Esparta; he seguido la historia de esta ciudad desde los romanos hasta nosotros; he hablado de los extranjeros y de los libros, que nos han dicho algo de la moderna Lacedemonia; por desgracia estas noticias son demasiado vagas, puesto que han dado margen á dos opiniones contradictorias. Según el padre Pacifico, Coronelli, el romancero Guillet y los que les han seguido, Misitra está fundada sobre las ruinas de Esparta; y según Spon, Vernon, el abate Fourmont, Leroi y D'Anville, estas ruinas están bastante distantes de Misitra. En vista de esto, es evidente que las mas atendibles autoridades se deciden por esta última opinión. D'Anville especialmente, se muestra terminante y sorprendido de que se abrigue la opinion contraria, pues dice: «El lugar que ocupaba esta ciudad (Esparta) se llama *Palaeochori* ó antiguo arrabal; la ciudad nueva llamada *Misitra*, que es un error confundir con Esparta, está separada hácia el Occidente.» Spon, impugnando á La Guilleterie, se espesaba con igual convicción según el testimonio de Vernon y del cónsul Giraud. El abate Fourmont, que halló en Esparta tantas inscripciones, no ha podido equivocarse acerca del lugar ocupado por esta ciudad; es verdad que no tenemos su viaje; pero Leroi que ha reconocido el teatro y el dromos, no ha podido ignorar la verdadera situación de Esparta. Las mejores geografías, ajustándose á estas grandes autoridades, han tenido cuidado de advertir que Misitra no es enteramente Lacedemonia. Y algunas hay que señalan bastante bien la distancia de estas dos ciudades, fijándola aproximadamente en dos leguas.

Aquí se ve con un ejemplo palmario cuán difícil es restablecer la verdad cuando un error ha echado hondas raíces. A pesar de Spon, Fourmont, Leroi, D'Anville, etc., la generalidad se ha obstinado en ver á Esparta en Misitra, y yo soy el primero. Dos viajeros modernos habían acabado de alucinarme: Scrofani y Mr. Pouqueville. Yo no había atendido á que este, al describir á Misitra como representante de Lacedemonia, no hacía sino repetir la opinion de los habitantes del país, y que no daba como suya esta opinion; y aun parece que se inclina á la opinion que tiene en su apoyo las mejores autoridades; de esto debía yo inferir que Mr. Pouqueville, exacto respecto de todo lo que ha visto por sí mismo, había sido engañado en lo que relativamente á Esparta le habían dicho.

Persuadido, pues, por un error de mis primeros estudios, que Misitra era Esparta, había empezado á recorrer á Amiclea, pues mi proyecto era prescindir desde luego de todo lo que no era Lacedemonia, para conceder despues á esta ciudad toda mi atención. Júzguese de mi perplejidad cuando desde lo alto del castillo de Misitra me obstinaba en querer reconocer la ciudad de Licurgo en una ciudad enteramente moderna, y cuya arquitectura solo me presentaba una mezcla confusa del género oriental y del estilo gótico, griego é italiano; y ni una miserable ruina antigua que pudiese consolarme de todo esto. ¡Si á lo menos la

vieja Esparta, á semejanza de la vieja Roma, hubiese levantado su desfigurada cabeza en medio de aquellos nuevos monumentos! Pero no era así: ¡Esparta yacía en el polvo, sumida en la tumba, hollada por los turcos, muerta, enteramente muerta!

Yo lo creía así. Mi *cicerone* sabía escasamente algunas palabras italianas é inglesas. Para hacerme entender mejor de él, articulaba chapurradas frases de moderno griego; borrajaba con lápiz algunas palabras del griego antiguo; hablaba italiano é inglés, y mezclaba el francés á toda esta algarahía. José quería ponerme de acuerdo, y solo contribuía á aumentar la confusión, mientras el genízaro y el guía (especie de judío medio negro), al dar su parecer en turco aumentaban el mal. Hablábamos todos á la vez; gritábamos, hacíamos ademanes; y con nuestros diferentes trajes, nuestros rostros é idiomas diversos, parecíamos una asamblea de demonios encaramados al ponerse el sol, sobre la cima de aquellas ruinas. Los bosques y las cascadas del Tajeto estaban á nuestra espalda, la Laconia á nuestros piés, y sobre nuestras cabezas el mas hermoso cielo.

—He aquí á Misitra, decía yo al *cicerone*; es Lacedemonia; ¿no es verdad?

—¿Signor! ¿Lacedemonia? ¿cómo?

—Te repito, ¿Lacedemonia ó Esparta?

—¿Esparta? ¿Qué?

—Te pregunto si es Misitra ó Esparta.

—No os entiendo.

—¿Cómo! tú, griego, tú, lacedemonio, ¿no conoces el nombre de Esparta?

—¿Esparta? ¡Oh, sí! ¡Gran república! ¡Famoso Licurgo!

—Así, pues, ¿Misitra es Lacedemonia?

El griego me hizo un ademan afirmativo. Indecible fue mi júbilo.

—Ahora, repliqué, explícame lo que tengo á la vista. ¿Qué parte de la ciudad es esa? Y le mostraba la parte que ante mí tenía, un poco á la derecha.

—Mesochorion, me respondió.

—Lo entiendo; ¿pero qué parte era de Lacedemonia?

—¿Lacedemonia? ¿cómo?

Yo estaba fuera de mí.

—A lo menos, señálame el río. Y yo repetía: «Potamos, Potamos.»

—Mi griego me señaló el torrente denominado el río de los judíos.

—¿Cómo! repuse; ¿es este el Eurotas? ¡imposible! Dime, pues, ¿dónde está el Vasilipotamos?

El *cicerone* hizo muchos aspavientos, y estendió el brazo á la derecha hácia Amiclea.

Volví á caer en todas mis perplejidades. Pronuncié el nombre de *Iri*; y al oír este nombre, mi espartano me señaló la izquierda hácia el lado opuesto de Amiclea.

Era, por consiguiente, indispensable deducir que había dos ríos; uno á la derecha, el Vasilipotamos; el otro á la izquierda, el *Iri*, y que ninguno de los dos pasaba por Misitra. Hemos visto ya, mediante la esplicación que he dado de estos dos nombres, lo que ocasionaba mi error.

Así, pues, me decía interiormente, ya no sé en donde está el Eurotas, pero es evidente que no pasa por Misitra. Por lo tanto, Misitra no es Esparta, á no ser que el curso del río haya cambiado y alejádose de ella, lo que es muy poco probable. ¿Dónde, pues, está Esparta? ¿Habré llegado hasta aquí sin haber podido encontrarla? ¿Me volveré sin haberla visto? Así me decía, y mi consternación era estremada. Al disponerme á bajar al castillo, el griego exclamó: «¿Vuestra señoría pregunta tal vez por *Palaeochori*?» Al oír este nombre, recordé el pasaje de D'Anville, y exclamé á mi vez. Sí, por *Palaeochori*, la ciudad antigua! ¿Dónde está *Palaeochori*?

Allá abajo, en Magoula, replicó el *cicerone*; y me señalaba á lo lejos en el valle una cabana blanca rodeada de algunos árboles.

Las lágrimas arrasaron mis ojos al dirigirlos á aquella miserable cabaña que se alzaba en el abandonado recinto de una de las ciudades mas célebres del universo, y la única que servía para marcar el sitio de Esparta; única mansion de un cabrero, cuya riqueza se cifraba en la yerba que crecía sobre los sepuleros de Agis y de Leónidas.

Nada mas quise ver ni oír; bajé, pues, atropelladamente del castillo, á pesar de los gritos de los guías, que intentaban mostrarme algunas ruinas modernas y narrarme historias de agás, de pachás, de cadís y de vaivodes; pero al pasar delante del arzobispado, encontré algunos papas que esperaban al francés á la puerta, y que me invitaron á entrar de parte del arzobispo.

Aunque deseaba no poco rehusar aquella urbanidad, no hallé medio de conseguirlo. Entré, pues: el arzobispo estaba sentado en medio de su clero, en una sala muy limpia, adornada de esteras y almohadones á la usanza turca. Todos aquellos papas y su jefe eran hombres de talento y de humor festivo; muchos de ellos sabían el italiano y se espesaban con facilidad en este idioma. Referiles lo que acababa de sucederme respecto de las ruinas de Esparta; riéronse de ello y se burlaron del *cicerone*: me parecieron muy acostumbrados al trato de los extranjeros.

En efecto, la Morea está llena de levantinos, de francos, de ragusanos, de italianos, y especialmente de médicos jóvenes de Venecia y de las islas Jónicas, que van á despachar á los cadís y á los agás. En los caminos reina bastante seguridad; hay regulares alimentos, y se goza de gran libertad con tal que se tenga un poco de firmeza y prudencia. En general es un viaje muy fácil, sobre todo para un hombre que ha vivido entre los salvajes de América. Siempre hay algunos ingleses en el camino del Peloponeso; los papas me dijeron que habían visto recientemente algunos oficiales y anticuarios de esta nacion. Hay tambien en Misitra una casa griega llamada la *Posada inglesa*, donde se come roastbeef y se bebe vino de Oporto. Bajo este punto de vista el viajero debe mucha gratitud á los ingleses, pues han establecido buenas posadas en toda Europa; en Italia, Suiza, Alemania, España, Constantinopla, Atenas, y hasta en las puertas de Esparta, á despecho de Licurgo.

El arzobispo conocía al vice-cónsul de Atenas, y creo me dijo que le había dado hospitalidad en las dos ó tres escursiones que había hecho á Misitra. Despues de haberme servido el café, me enseñaron el arzobispado y la iglesia; esta, muy célebre en nuestras geografías, nada, sin embargo, contiene de particular. El mosaico del pavimento es comun; las pinturas, ensalzadas por Guillet, recuerdan enteramente los ensayos de la escuela anterior al Perugino. Respecto de la arquitectura, se ven siempre las cúpulas mas ó menos achatadas, mas ó menos numerosas. Esta catedral, dedicada á San Dimitri, y no á la Virgen como se ha dicho, ostenta siete cúpulas. Desde que este adorno se empleó en Constantinopla en la degeneración del arte, ha marcado todos los monumentos de la Grecia; pero no tiene ni el atrevimiento del estilo gótico ni la sabia hermosura del estilo antiguo. Es bastante magestuoso cuando es inmenso, pero en este caso abruma el edificio que lo sustenta; y si es pequeño, no es otra cosa que un adorno ignoble que no se enlaza con ningun miembro de la arquitectura, y que descuella sobre los entablamentos, sin otro objeto que romper la línea simétrica de las molduras.

En la biblioteca del arzobispado ví algunos tratados de los padres griegos, algunos libros de controversia y dos ó tres historiadores de la *Bizantina*, entre otros Paquímero. Muy interesante hubiera sido compulsar el

texto de aquellos manuscritos con los textos que poseemos; pero sin duda lo habrán examinado nuestros dos eminentes helenistas, el abate Fourmont y d'Anse de Villoison. Es probable que los venecianos, mucho tiempo señores de la Morea, hayan arrancado de ella los manuscritos mas preciosos.

Mis huéspedes se dieron prisa á mostrarme las traducciones impresas de algunas obras francesas; eran, como todos saben, el *Telemaco*, *Rollin*, etc., y varias novedades publicadas en Bucharest. No me atrevería á decir que entre aquellas traducciones hallé á *Atala*, si Mr. Stamati no me hubiese hecho tambien el honor de prestar á mi heroina salvaje el habla de Homero. La traducción que ví en Misitra no estaba terminada; el traductor era un griego natural de Zante, que se hallaba en Venecia cuando *Atala* vió la luz en italiano; y sobre esta traducción había empezado la suya en griego vulgar. Ignoro si oculté mi nombre por orgullo ó por modestia; pero mi pequeña gloria de autor quedó tan complacida al encontrarse al lado de la gran gloria de Lacedemonia, que el portero del arzobispo tuvo motivo de elogiar mi largueza: esto fue una caridad de que hice despues áspera penitencia.

Era de noche cuando salí del arzobispado; y atravesando la parte mas populosa de Misitra, pasamos al bazar indicado en muchas descripciones, como la *Angora* de los antiguos, continuando la suposición de que Misitra es Lacedemonia. Este bazar es un misero mercado semejante á los de nuestras pequeñas ciudades de provincia. Algunas mezquitas, tiendas de chales, varios géneros y comestibles ocupan sus calles. Aquellas tiendas estaban á la sazón llenas de lámparas, de construcción italiana, á cuya luz ví á dos maniotas que vendían jibias y pólipos de mar, llamados en Nápoles *frutti di mare*. Aquellos pescadores, de aventajada estatura, se parecían á los paisanos del Franco-Condado, y nada extraordinario encontré en ellos. Compré á uno un perro del Tajeto, de mediana corpulencia, de pelo pardo y áspero, de nariz muy corta y de aspecto salvaje:

Fulvus Lacon,
Amica vis pastoribus.

Dile por nombre *Argus*. «Ulises hizo lo mismo.» Por desgracia lo perdí algunos dias despues en el camino entre Argos y Corinto.

Vimos pasar á muchas mujeres envueltas en largos trajes, y nos desviamos para cederles el camino, según una costumbre oriental, dictada mas por los zelos que por la urbanidad. No pude descubrir sus rostros, por lo que ignoro si debe decirse todavía: *Esparta, la de las mujeres hermosas*, como dijo Homero.

Volví á casa de Ibrahim despues de trece horas de escursiones, durante las cuales solo había tomado algunos momentos de descanso. Además de que sufro bien la fatiga, el sol y el hambre, he observado que una viva emoción me sostiene contra el cansancio y me procura nuevas fuerzas. Por otra parte, estoy convencido mas que nadie que una voluntad inflexible lo vence todo, sin exceptuar el tiempo. Decidíme á no acostarme, á aprovechar la noche para escribir notas, á dirigirme al dia siguiente á las ruinas de Esparta y desde ellas proseguir mi viaje, sin regresar á Misitra.

Despedime de Ibrahim; mandé á José y al guía se dirigiesen con sus caballos al camino de Argos, y me esperasen en aquel puente del Eurotas que ya habíamos pasado al venir de Tripolitza. Solo retuve al genízaro para que me acompañase á las ruinas de Esparta; y si hubiese podido prescindir de él, hubiera ido solo á Magoula, porque sabía por esperiencia cuanto molestan en las investigaciones que se desea hacer, unos criados que se impacientan y fastidian.

Así dispuestas las cosas, el 18, poco antes del amanecer, monté á caballo con el genízaro; y despues de

recompensar á los esclavos del buen Ibrahim, marché al galope á Lacedemonia.

Hacia una hora que corrimos por un camino llano que se dirigía en línea recta al Sudeste, cuando al rayar el día descubrí algunos restos y un largo muro de construcción antigua, á cuya vista mi corazón empezó á latir con fuerza. El genizaro se volvió hacia mí, y mostrándome á la derecha con su fusta una cabana blanquecina, me gritó con cierto aire de satisfacción: «¡Palceohori!» Diríjeme á la principal ruina que descubrí sobre una altura; rodeando esta hacia el Nordeste para subir á ella, me detuve súbitamente á la vista de un espacioso recinto de forma semicircular, que reconocí al instante como un teatro, y no me es posible pintar la multitud de confusos sentimientos que me asaltaron. La colina á cuyo pie me encontraba era la colina de la ciudadela de Esparta, puesto que el teatro estaba contiguo á ella; las ruinas que veía sobre aquella colina eran del templo de Minerva-Chalcicecos, puesto que este templo estaba en la ciudadela; los restos y el largo muro que había pasado mas abajo formaban parte de la tribu de los Cinosuros, puesto que esta tribu se hallaba al Norte de la ciudad; Esparta, pues, se mostraba á mis ojos; y su teatro, que había tenido la fortuna de descubrir á mi llegada, me indicaba al momento las situaciones de sus barrios y de sus monumentos. Apeéme, y subí corriendo á la colina de la ciudadela.

Al llegar á su cumbre, el sol se levantaba detrás de los montes Menelayones. ¡Cuán hermoso, mas cuán melancólico espectáculo! El Eurotas se deslizaba solitario bajo los restos del puente Babix; veíanse por donde quiera hacinadas ruinas, ¡y ni un solo hombre entre ellas! Quedé inmóvil y sumido en una especie de estupor, contemplando aquella inspiradora escena; una mezcla indefinible de admiración y de dolor detenia mis pasos y mi mente; y, como el silencio era profundo en mi derredor, quise á lo menos hacer hablar el eco en aquellos lugares donde la voz humana no se hacía ya oír, y grité con toda mi fuerza: «¡Leónidas!» Ninguna ruina repitió este gran nombre; ¡la misma Esparta parecía haberlo olvidado!

Si las ruinas á que se enlazan ilustres recuerdos patentizan la vanidad de las cosas terrenas, es preciso conceder, no obstante, que los nombres que sobreviven á los imperios é inmortalizan los tiempos y los lugares, encierran algún valor. Además, no despreciemos demasiado la gloria; nada es mas hermoso que ella, exceptuando la virtud. El colmo de la felicidad consistiría en reunir una y otra en esta vida; este era el objeto de la única plegaria que los espartanos dirigían á los dioses: ¡*Ut pulchra bonis adderent!*

Cuando la especie de agitación que me dominaba se hubo calmado, empecé á estudiar las ruinas que me rodeaban. La cima de la colina presentaba una plataforma rodeada especialmente hacia el Noroeste, de espesas murallas; describí su circuito dos veces, y conté mil quinientos sesenta y mil quinientos sesenta y seis pasos comunes, ó casi setecientos ochenta pasos geométricos; pero debe advertirse que encierro en este circuito toda la cumbre de la colina, comprendiendo en ella la curva que forma la escavación del teatro en esta colina; el teatro es el mismo que examinó Leroi.

Algunos escombros, parte enterrados, parte sobre la superficie del suelo, anuncian en medio de aquella plataforma los cimientos del templo de Minerva-Chalcicecos, donde Pausanias se refugió en vano y perdió la vida. Una especie de rampa de tierra de setenta pies de anchura, y de un declive muy suave, baja desde el medio de la colina á la llanura. Este era tal vez el camino por donde se subía á la ciudadela, que no llegó á ser muy fuerte sino bajo la férula de los tiranos de Lacedemonia.

En el arranque de esta rampa y encima del teatro vi un pequeño edificio de forma redonda, destruido en sus tres cuartas partes, y cuyos nichos interiores

parecen igualmente á propósito para recibir estatuas ó urnas. ¿Es un sepulcro? ¿Es el templo de Venus-Armada? Este debía hallarse casi en la misma situación y dependiente de la tribu de los Egidas. César, que se llamaba descendiente de Venus, llevaba en su anillo el sello de una Venus-Armada: este era en efecto el doble emblema de las debilidades y de la gloria de este gran hombre.

¿Vincere si possum nuda, quid arma gerens?

Si el lector se coloca á mi lado en la colina de la ciudadela, he aquí lo que verá en su derredor:

Al Levante, esto es, hacia el Eurotas, un montecillo de forma prolongada y aplastado en su cima, como para servir de estadio ó hipódromo. Desde ambos lados de este montecillo y entre otros dos que forman con el primero dos especies de valles, se ven las ruinas del puente Babix y el curso del Eurotas. A la opuesta margen de este, la vista se detiene en una serie de colinas rojizas: son los montes Menelayones, á cuya espalda descuellan la barrera de erguidas montañas que rodean en lontananza el golfo de Argos.

En esta perspectiva, hacia el Este, entre la ciudadela y el Eurotas, dirigiendo la vista al Norte y al Sur por el Oriente y paralelamente al curso del río, se colocará la tribu de los Linnates, el templo de Licurgo, el palacio del rey Demarato, la tribu de los Egidas y la de los Mesoatas, uno de los Lescués, el monumento de Cadmo, los templos de Hércules, de Helena y la isla Platanista. He contado en este vasto espacio siete ruinas en pie y sobre el suelo, pero enteramente informes y degeneradas. Como podía elegir á mi placer, he dado á una de aquellas ruinas el nombre del templo de Helena; al otro el de sepulcro de Alcman; he creído ver los monumentos heroicos de Egeo y de Cadmo; de este modo me he decidido por la Fábula y solo he reconocido para la Historia el templo de Licurgo. Confieso que prefiero y á la Criptia la memoria del único poeta que la Lacedemonia ha producido, y la corona de flores que las doncellas de Esparta cogieron para Helena en la isla Platanista.

O ubi campi,
Sperchiusque et virginibus bacchata Lacedænis,
Taygeta!

Mirando ahora hacia el Norte, y siempre desde la cima de la ciudadela, se descubre una colina bastante alta que domina la en que está construida la ciudadela, lo cual contradice el texto de Pausanias. En el valle que forman estas dos colinas, debían hallarse la plaza pública y los monumentos que encerraba, como el senado de los Gerontes, el Coro, el Pórtico de los persas, etc. Ninguna ruina se encuentra por este lado. Al Noroeste se extendía la tribu de los Cinosuros, por donde yo había entrado en Esparta y en la que advertí el largo muro.

Volvámonos ahora hacia el Oeste, y descubriremos en un terreno llano, á la espalda y al pie del teatro tres ruinas, una de las cuales es bastante alta y redonda como una torre; en esta dirección se hallaban la tribu de los Pitánatos, el Teomélido, los sepulcros de Pausanias y de Leónidas, el Lescués de los Crotonos y el templo de Diana-Isora.

Por último, si se mira hacia el Mediodía, se verá una tierra desigual cruzada en todas direcciones por muchas raíces y muros á flor del suelo. Sin duda las piedras han sido trasladadas á otra parte, porque ninguna se ve en los alrededores. La casa de Menelao descollaba en aquella perspectiva; y mas lejos, en el camino de Amiclea, se hallaba el templo de los Dioscuros y las Gracias. Esta descripción será mas inteligible si el lector recurre á Pausanias, ó meramente al *Viaje de Anacarsis*.

Todo este recinto de Lacedemonia está inculto: el sol lo abraza en silencio y devora sin cesar el mármol

de los sepulcros. Cuando visité aquel desierto, ninguna planta adornaba sus despojos, ningún ave, ningún insecto los animaba, exceptuando los millares de lagartos que subían y bajaban sin ruido á lo largo de las abrasadas paredes. Una docena de caballos medio montaraces pacían aquí y acullá una yerba marchita; un pastor cultivaba en un ángulo del teatro algunas sandías; y en Magoula, que da su triste nombre á Lacedemonia, se veía un bosquecillo de cipreses. Pero la misma Magoula, que fue en otro tiempo una población turca de bastante importancia, ha perecido en aquel campo de muerte; sus barracas han venido á tierra, y no es ya otra cosa que una ruina que anuncia otras muchas.

Bajé de la ciudadela y caminé durante un cuarto de hora para llegar al Eurotas, que vi casi lo mismo que lo había visto al pasarlo dos leguas mas arriba sin conocerlo; al correr delante de Esparta presenta la anchura del Marne, mas arriba de Charenton. Su cauce casi seco durante el estío, presenta un arenal sembrado de guijarros, plantado de cañaverales y adelfas, y sobre el cual corren algunas hebras de agua fresca y límpida. Esta agua me pareció excelente. El Eurotas merece abundantemente el epíteto de: *el de las hermosas cañas*, que le dió Eurípides; pero no se si debe retener el de *odorífero*, porque no he visto cisnes en sus cañas. Seguí su corriente, esperando hallar estas aves, que según dice Platon, ven el Olimpo antes de espirar, siendo por esto tan melodioso su postrer canto; pero mis pesquisas fueron inútiles. Por lo visto, no disfruto como Horacio del favor de los Tindáridas, los que no me han permitido penetrar el secreto de su sepulcro.

Los ríos famosos tienen el mismo destino que los pueblos famosos; ignorados al principio, y luego célebres en toda la tierra, tornan al fin á su oscuridad primera. El Eurotas, llamado en su nacimiento *Himero*, corre actualmente olvidado con el nombre de *Iri*, á semejanza del Tiber, que, en otro tiempo *Albula*, lleva hoy al mar las desconocidas aguas del *Tevere*. Examiné las ruinas del puente Babix, que valen poco. Busqué la isla Platanista, y creo haberla hallado mas abajo de Magoula: es un terreno de figura triangular, uno de cuyos lados es bañado por el Eurotas, y los otros dos están cerrados por unos fosos llenos de junco por los que corre durante el invierno el Magoula, el antiguo Chaicion.

Crece en esta isla algunas moreras y sicomoros, pero ningún plátano. Nada hallé en ella que revelase que los turcos la miren aun como un lugar de placer; no obstante, vi en su suelo algunas flores, entre otras lirios azules sostenidos por una especie de espadas, de los que cogí muchos en memoria de Helena. La frágil corona de la hermosura se ostenta aun en las márgenes del Eurotas; ¡mas la hermosura ha desaparecido!

La vista de que se goza al caminar á lo largo del Eurotas es hartó diferente de la que se descubre desde lo alto de la ciudadela. El río sigue un alveo tortuoso, y se oculta, como he dicho, entre cañas y adelfas, cuya elevación compete con la de los árboles; á la orilla izquierda, los montes Menelayones, de aspecto árido y rojizo, forman raro contraste con la frescura y verdor de la corriente del río. A su orilla derecha, el Tajeto despliega su magnífica cortina; todo el espacio comprendido entre esta cortina y el río está ocupado por las colinas y las ruinas de Esparta; ruinas y colinas que no parecen tan desoladas como cuando se las ve de cerca; sino que por lo contrario, se muestran teñidas de púrpura, violeta y oro. No son las campiñas y las hojas, de color oscuro y frío, las que forman los admirables paisajes, sino los mágicos efectos de la luz: he aquí por qué las rocas y los matorrales de la bahía de Nápoles serán siempre mas hermosos que los mas fértiles valles de Francia é Inglaterra.

Así, despues de muchos siglos de injusto olvido,

ese río que vió discurrir y agitarse en sus orillas á los lacedemonios ensalzados por Plutarco; ese río se regocijó tal vez en su triste abandono al oír resonar en su derredor los pasos de un oscuro extranjero. El día 18 de agosto de 1806, á las nueve de la mañana, di solo á lo largo del Eurotas aquel paseo que jamás se borrará de mi memoria. Si aborrezco las costumbres de los espartanos, no desconozco la grandeza de un pueblo libre, y no he pisado sin emoción profunda su noble polvo. Un hecho solo basta á la gloria de este pueblo: cuando Neron visitó la Grecia, no se atrevió á entrar en Lacedemonia. ¡Cuán magnífico elogio de esta ciudad!

Volví á la ciudadela, deteniéndome en todas las ruinas que hallaba al paso. Como es probable que Misitra haya sido edificada con las ruinas de Esparta, esto habrá contribuido mucho á la destrucción de sus monumentos. Hallé á mi compañero en el mismo lugar en que le había dejado: estaba sentado, había dormido y acababa de despertarse; fumaba y se disponía á dormir de nuevo. Los caballos pacían tranquilamente en los hogares de Menelao: «Helena no había dejado su hermosa rueca, cargada de una lana de color de púrpura, para darles un trigo puro en un soberbio pesebre. (1)» Así aunque viajero, no soy el hijo de Ulises, si bien prefiero como Telémaco mis rocas paternas á los mas encantadores paisajes.

Era medio día: el sol lanzaba á plomo sus rayos sobre nuestras cabezas. Nos pusimos á la sombra en un rincón del teatro y comimos con mucho apetito el pan y los higos secos que habíamos llevado de Misitra. José se había apoderado de las provisiones. El genizaro se alegraba, pues se creía libre ya y se disponía á partir; pero no tardó en ver muy á su pesar que se había engañado, pues me puse á escribir notas y á tomar la vista de aquellos lugares, lo cual duró mas de dos horas, hecho lo cual quise examinar los monumentos situados al Occidente de la ciudadela, porque por aquel lado debía encontrarse el sepulcro de Leónidas. El genizaro me acompañó sacando los caballos por la brida, y vagábamos de ruina en ruina; él y yo éramos los dos únicos vivos en medio de tantos muertos ilustres; bárbaros entrambos, y estraños el uno del otro; como también á la Grecia, habiendo salido de los bosques de la Galia y de los penascos del Cáucaso, nos habíamos encontrado en el fondo del Peloponeso; yo para pasar, él para vivir sobre unos sepulcros que no eran los de nuestros abuelos.

En vano pregunté á las mas pequeñas piedras por las cenizas de Leónidas. Tuve, no obstante, un momento de esperanza: no lejos de aquella especie de torre que he indicado, al Oeste de la ciudadela, vi algunos fragmentos de esculturas, que me parecieran representar un león. Sabemos por Herodoto que sobre el sepulcro de Leónidas había un león; circunstancia que Pausanias no refiere. Redoblé mis esfuerzos, pero todos ellos fueron inútiles. (2) Ignoro si fue en este lugar donde el abate Fourmont descubrió tres monumentos preciosos. El uno era un trozo de columna, sobre el cual estaba grabado el nombre de *Jerusalém*; tra-

(1) Odisea.

(2) Mi memoria me era infiel en esto, pues el león de que habla Herodoto estaba en las Termópilas. Este historiador ni siquiera dice que los huesos de Leónidas hubiesen sido trasladados á su patria, sino que al contrario dice que Jerjes hizo poner en cruz el cadáver de este príncipe. Así, pues, el vestigio del león que vi en Esparta, no pueden señalar la tumba de Leónidas. No tenía á la mano un *Herodoto* en las ruinas de Lacedemonia, pues solo llevaba en mi viaje á *Racine*, el *Tasso*, *Virgilio* y *Homero*; este tenía algunas hojas en blanco para escribir notas. No es extraño por consiguiente, que precisado á sacar mis recursos de mi memoria, haya podido equivocarme sobre un lugar, sin equivocarme, no obstante, sobre un hecho. Pueden verse dos hermosos epigramas de la *Antología* sobre aquel león de piedra de las Termópilas.

tábase tal vez de la alianza de los judíos y los lacedemonios, deque se habla en los *Macabeos*; los otros dos monumentos eran las inscripciones sepulcrales de Lisandro y de Agesilao; un francés debía hallar naturalmente el sepulcro de dos grandes capitanes. Debo mencionar aquí que la Europa debe á mis compatriotas las primeras noticias satisfactorias que ha recibido acerca de las ruinas de Esparta y Atenas. Deshayes, enviado por Luis XIII á Jerusalén, pasó el año 1629 en Atenas; poseemos su *Viaje*, no conocido de Chandler. El jesuita Babin publicó en 1672 su relación del *Estado actual de la ciudad de Atenas*; esta relación fue re-
 ductada por Spon, antes que este sincero é instruido viajero hubiese empezado sus escursiones en compañía de Wheler. El abate Fourmont y Leroi han dado las primeras noticias exactas relativamente á la Laconia, aunque es verdad que Vernon pasó por Esparta antes que ellos; pero solo tenemos una carta de este inglés, y limitándose en ella á decir que ha visto la Laconia, no descendiendo á detallar ningún pormenor. Por lo que á mí respecta, ignoro si mis investigaciones pasarán al porvenir; pero á lo menos habré unido mi nombre al de Esparta, único que puede salvarlo del olvido: he vuelto á hallar, por decirlo así, esta ciudad inmortal, al dar algunos pormenores desconocidos hasta aquí acerca de sus ruinas: un humilde pescador determina generalmente, por naufragio ó por casualidad, la posición de algunos escollos que se habían ocultado á los desvelos de los mas sabios pilotos.

Habia en Esparta multitud de altares y de estatuas consagradas al Sueño, á la Muerte, á la Hermosura (Venus-Morfo), divinidades de todos los hombres, y al Temor sobre las armas, probablemente el que los lacedemonios inspiraban á sus enemigos: nada de esto subsiste; pero lei en una especie de zócalo estas cuatro letras: AAEM. ¿Debemos restaurarlas con ΓΕΛΑΣΜΑ, *Gelasma*? Seria aquel zócalo el pedestal de la estatua de la Risa, colocada por Licurgo entre los graves descendientes de Hércules? El altar de la Risa, único en pie en medio de la sepultada Esparta, ofrecería un gran motivo de triunfo á la filosofía de Demócrito!

El día tocaba á su término cuando me sustraje á aquellos ilustres escombros, á la sombra de Licurgo, á los gigantescos recuerdos de las Termópilas y á todas las mentiras de la Fábula y la Historia. El sol se ocultó detrás del Taijeto, de modo que le ví empezar y concluir su carrera sobre las ruinas de Lacedemonia: habia tres mil quinientos cuarenta y tres años que se habia levantado y puesto por vez primera sobre aquella naciente ciudad. Partí afectado por los objetos que acababa de ver, y entregado á inagotables reflexiones: las jornadas de este género hacen sufrir luego con paciencia muchos infortunios, é inspiran especialmente una completa indiferencia á muchas escenas de la vida.

Volvimos á subir el curso del Eurotas por espacio de hora y media á través de los campos, y salimos al camino de Tripolitza. José y el genízaro, acampados al otro lado del rio cerca del puente, habian encendido fuego con unos haces de cañas, á despecho de Apolo, á quien su gemido consolaba de la pérdida de Dafne. José, que se habia provisto abundantemente de todo lo necesario, pues tenia sal, aceite, sandías, pan y carne, preparó un picadillo de carnero, como el compañero de Aquiles, y me lo sirvió en la esquina de una gran piedra, con vino de la viña de Ulises y agua del Eurotas. Tenia precisamente para que aquella comida me pareciese opípara, lo que faltaba á Dionisio para conocer el mérito de las suyas.

Terminada la comida, José trajo mi silla, que me servia regularmente de almohada; envolvíme en mi capa y me acosté en la orilla del Eurotas, á la sombra de un laurel. La noche era tan pura y serena, que la Via-Láctea formaba una especie de ráfaga de luz que se reflejaba en el rio, y á cuya claridad hubiera podido

leer. Quedéme dormido vueltos los ojos al cielo, teniendo precisamente sobre mi cabeza la hermosa constelación del Cisne y Leda. Aun recuerdo el vivo placer que experimentaba en otro tiempo al descansar así en los bosques de América, y especialmente al despertar en medio de la noche. Escuchaba el rumor del viento en la soledad, el mugido de los gamos y los ciervos, y el sordo estruendo de alguna catarata lejana, mientras mi hoguera medio apagada, enrojecia el espeso follaje de los árboles. Érame grata hasta la voz del iroqués, cuando hacia resonar su bronco grito en medio de los bosques, y cuando, á la dulce claridad de las estrellas, en el profundo silencio de la naturaleza, parecia proclamar su ilimitada libertad. Todo esto entusiasmo á los veinte años, porque la vida se basta á sí misma, pues domina en la primera juventud cierta inquieta vaguedad que nos impele sin cesar á las quimeras: *ipsi sibi somnia fingunt*; pero en edad mas madura, el espíritu adquiere inclinaciones mas sólidas; gústale especialmente alimentarse con los grandes recuerdos y ejemplos de la historia. Todavía dormiria gustoso en las márgenes del Eurotas ó del Jordan, si las heroicas sombras de los trescientos espartanos ó los doce hijos de Jacob debiesen visitar mi sueño; pero no iré ya á buscar una tierra nueva, no abierta aun por la reja del arado; bástanme ahora los antiguos desiertos que me reproducen á placer los muros de Babilonia ó las legiones de Farsalia; *grandia ossa*; bástanme los campos cuyos surcos me instruyan, y en los que encuentre, pues soy hombre, la sangre, las lágrimas y los sudores del hombre.

José me despertó el 19 á las tres de la mañana, como se lo habia mandado; ensillamos nuestros caballos y partimos. Volví la cabeza á Esparta; y al dirigir mi última mirada al Eurotas, no pude dominar ese vago sentimiento de tristeza que se experimenta en presencia de una inmensa catástrofe, y al abandonar unos lugares que no volveremos á ver.

El camino que conduce desde la Laconia á la Argólida, era en la antigüedad lo que es actualmente: uno de los mas ásperos y agrestes de la Grecia. Seguimos durante algun tiempo el camino de Tripolitza; luego, dirigiéndonos hácia el Oriente, penetramos en las gargantas de las montañas. Caminamos con rápido paso por hondos barrancos y debajo de los árboles, que nos obligaban á echarnos sobre el cuello de nuestros caballos. En aquella penosa marcha tropecé tan violentamente con la cabeza en una rama de los árboles, que fui arrojado á diez pasos sin conocimiento; como mi caballo continuaba galopando, mis compañeros de viaje que me precedian no advirtieron mi caída; y sus gritos al acercármese me sacaron de mi parasismo.

A las cuatro de la mañana llegamos á la cumbre de una montaña, donde dimos algun descanso á nuestros caballos. El frio llegó á ser tan penetrante que nos vimos precisados á encender una hoguera. No puedo señalar nombre á aquel lugar, poco célebre en la antigüedad; pero debíamos hallarnos hácia los manantiales de Leno, en la cordillera del monte Eva y poco distantes de Prasia, en el golfo de Argos.

Llegamos á medio día á una gran población denominada *San Pablo*, y bastante inmediata al mar, donde no se hablaba sino de un suceso trágico que los habitantes se dieron prisa á referirnos.

Una jóven de aquella población habia perdido sus padres, y siendo dueña de una regular fortuna, fue enviada por sus parientes á Constantinopla; á los diez y ocho años volvió á su país, hablando el turco, el italiano y el francés; y cuando algunos extranjeros visitaban á San Pablo los recibia con un agasajo que despertaba sospechas acerca de su virtud. Los jefes de los paisanos se reunieron, y despues de haber examinado entre sí la conducta de la huérfana, resolvieron deshacerse de una mujer que deshonraba la población, y empezando por procurarse la cantidad fijada

en Turquía por la muerte de una cristiana, entraron durante la noche en su casa y la asesinaron; hecho lo cual, un hombre que esperaba la noticia de la ejecución, fue á llevar al pachá el execrable precio de la sangre. Lo que ponía en movimiento á todos los griegos de San Pablo, no era precisamente la atrocidad de la acción, sino la brutal codicia del pachá, que juzgando muy natural este hecho, y asegurando haber recibido la cantidad fijada por un asesinato comun, decia no obstante que la hermosura, la juventud, los talentos y viajes de la huérfana le daban justos derechos á una indemnización; en consecuencia, su señoría habia enviado aquel mismo día á dos genízaros para exigir una nueva contribución.

La población de San Pablo es agradable, está rodeada de fuentes á que prestan sombra muchos pinos de la especie llamada *pinus sylvestris*. Allí encontramos á uno de esos melieos italianos que recorren toda la Morea; híceme sangrar, y hebi escelente leche en una casa muy limpia, que se parecia mucho á una cabaña suiza. Un jóven morita, que vino á sentarse delante de mí, tenia el aspecto de Meleagro, en su continente y su traje. Los paisanos griegos no están vestidos como los griegos levantinos que se ven en Francia, pues llevan una túnica que les llega hasta las rodillas, y la ciñen con un cinturón; sus anchos pantalones quedan cubiertos por la parte inferior de esta túnica; cruzan sobre sus desnudas piernas las cintas que sujetan sus sandalias; y exceptuando el arreglo de sus cabellos, son enteramente unos antiguos griegos sin manto.

Mi nuevo compañero, sentado como he dicho delante de mí, examinaba mis movimientos con gran ingenuidad. No proferia una sola palabra, y me miraba de hito en hito, y adelantaba su cabeza para mirar hasta la vasija de tierra en que tomaba leche. Levantéme y se levantó; volvíme á sentar y sentóse de nuevo; presentéle un cigarro, y lleno de alegría me hizo señas para que fumase con él. Cuando partí, corrió detrás de mí durante media hora, siempre en silencio y sin que nadie adivinase lo que queria. Dile dinero, y lo arrojó con desden; el genízaro intentó alejarse, y él quiso maltratar al genízaro. Yo me sentia conmovido, sin saber por qué: quizá por verme, bárbaro civilizado, objeto de la curiosidad de un griego convertido en bárbaro (1).

Habíamos salido de San Pablo á las dos de la tarde, despues de haber mudado los caballos, y seguimos el camino de la antigua Cinuria. A las cuatro, el guía nos anunció que íbamos á ser atacados; en efecto, descubrimos algunos hombres armados en la montaña, que nos miraron largo rato y nos dejaron pasar tranquilamente. Entramos luego en los montes Partenos, y bajamos á la margen de un rio cuya corriente nos condujo hasta el mar. Descubriase la ciudadela de Argos, á Nauplia á nuestro frente, y los montes de la Corintia hácia Micenas. Desde el punto á donde habíamos llegado, habia aun tres leguas de marcha hasta Argos: era preciso rodear el fondo del golfo al atravesar la laguna de Lerna, que se extendia entre la ciudad y el lugar en donde nos hallábamos. Pasamos cerca del jardín de un agá, donde ví unos álamos de la Lombardia, mezclados con cipreses, limoneros, naranjos y multitud de árboles que hasta entonces no habia visto en Grecia. Poco despues, el guía equivocó el camino, y nos hallamos en medio de unas estrechas calzadas separadas por algunos pequeños estanques y rios desbordados. La noche nos sorprendió envueltos en aquel conflicto; nos veíamos precisados á hacer saltar á cada paso anchos fosos á nuestros caballos,

(1) Los griegos de estas montañas, que sostienen que son los verdaderos descendientes de los lacedemonios, dicen que los maniotas no son sino una horda de bandidos extranjeros, y tienen razon.

que se espantaban por la oscuridad, por el incesante canto de las ranas y por las llamas rojizas que cruzaban la laguna. El caballo del guía se dejó caer; y como caminábamos á la desfilada, tropezamos unos en otros en un foso; todos gritamos á la vez sin entendernos; las aguas eran bastante profundas para que los caballos pudiesen nadar y ahogarse con sus ginetes; mi sangría se habia abierto y me resentia mucho de la cabeza. Salimos al fin milagrosamente de aquel pantano, pero nos veíamos en la imposibilidad de llegar á Argos. Descubriendo á través de las cañas una débil luz, nos dirigimos hácia ella vertos de frio, cubiertos de lodo, llevando de la brida á nuestros caballos, y espuestos á cada paso á volver á sumergirnos en medio de algun lodazal.

La luz nos condujo á una quinta situada en medio de una laguna, en las inmediaciones de Lerna: acabábase de hacer la siega, y los segadores estaban acostados en el suelo, y al pasar nosotros se levantaban azorados y huían cual las bestias montaraces. Conseguimos al fin tranquilizarlos, y pasamos el resto de la noche en su compañía, sobre un monton de estiércol de oveja, en el lugar menos sucio y húmedo que pudimos hallar. Yo tendria el derecho de quejarme de Hércules, por no haber muerto bien la hidra de Lerna, pues contrahe en aquel insalubre lugar una calentura que no me abandonó del todo hasta que llegué á Egipto.

El 20, al rayar el día, me hallaba en Argos; la aldea que reemplaza esta célebre ciudad es mas limpia y mas animada que las demás de la Morea; su situación es muy hermosa, en medio del golfo de Nauplia ó de Argos, á legua y media del mar; alzanse á un lado las montañas de la Cinuria y la Arcadia; y al otro las alturas de Trecena y de Epidauro.

Sea, empero, que mi imaginación fuese presa de la melancolía, al recuerdo de las desgracias y los furores de los Pelópidas, sea que me sintiese realmente impresionado por la verdad, las tierras me parecieron incultas y desiertas, las montañas sombrías y desnudas; especie de naturaleza fecunda en grandes crímenes y grandes virtudes. Visité los que se llaman restos del palacio de Agamenon, las ruinas de un teatro y un acueducto romano, y subí á la ciudadela, pues deseaba ver hasta la menor piedra que hubiese podido remover la mano del rey de los reyes. ¿Quién puede jactarse de gozar de alguna gloria, al lado de esas familias cantadas por Homero, Esquilo, Sófoeles, Eurípides y Racine? Y no obstante, cuando se ve en aquellos lugares cuán poco queda de esas familias, ¿cuán profunda sorpresa embarga el ánimo!

Mucho há que las ruinas de Argos no responden á la grandeza de su nombre. Chandler las halló en 1756 absolutamente tales como yo las he visto; el abate Fourmont en 1746, y Pelegrin en 1719 no habian sido mas dichosos. Los venecianos han contribuido mas que otra cualquiera causa á la destruccion de los monumentos de esta ciudad, empleando sus materiales en la construccion del castillo de Palámide. En tiempo de Pausanias habia en Argos una estatua de Júpiter, digna de atencion porque tenia tres ojos, y lo era aun mucho mas por otra razon: Estenelo la habia llevado desde Troya; y segun se decia, era la misma estatua á cuyos pies habia sido asesinado Priamo en su palacio por el hijo de Aquiles:

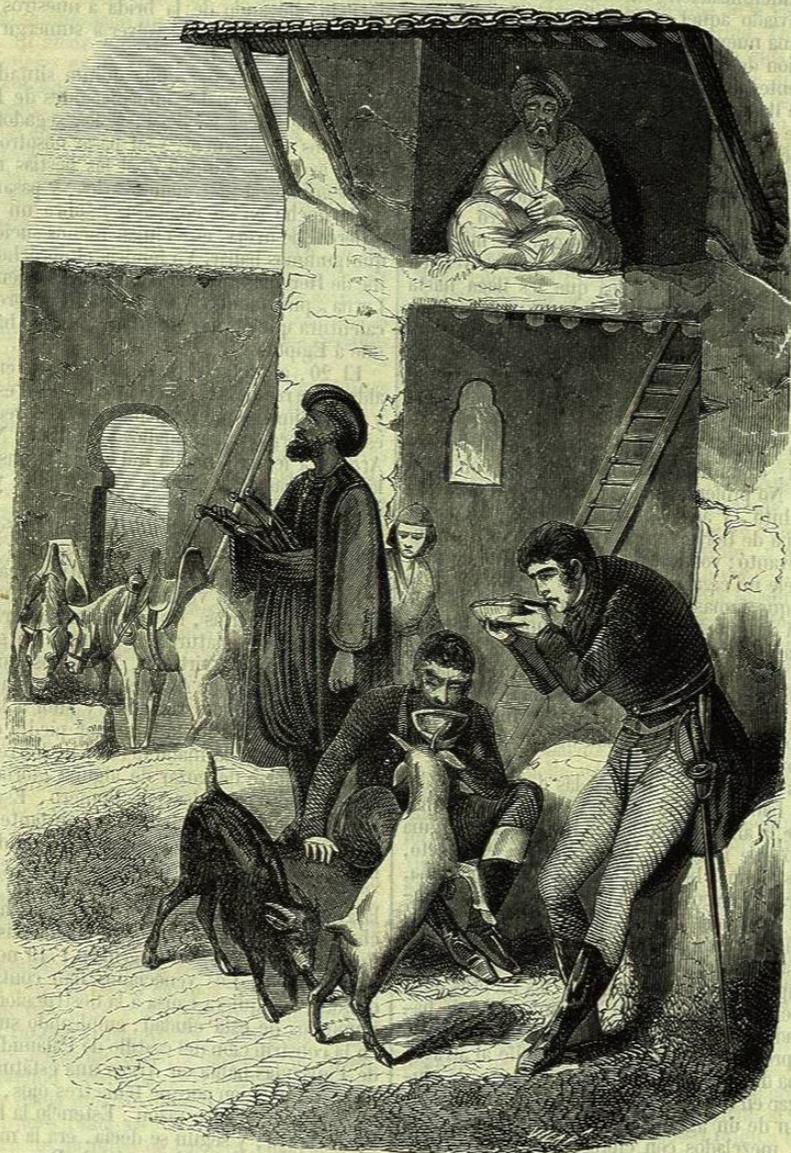
Ingens ara fuit, juxtaque veterrima laurus,
Incumbens ara, atque umbra complexa Penates.

Pero Argos, que sin duda triunfaba cuando mostraba en su muros los Penates que hicieron traicion á los hogares de Priamo; Argos, repito, no tardó en ofrecer un gran ejemplo de las vicisitudes humanas. Desde el reinado de Juliano Apóstata se hallaba tan decaída de su gloria, que no pudo, á causa de su pobreza, contribuir al restablecimiento y á los gastos

de los juegos Istmicos. Juliano defendió su causa contra los corintios; todavía poseemos esta defensa entre las obras de este emperador (Ep. xxv.). Este es uno de los mas curiosos documentos de la historia de las cosas y los hombres. Por último, Argos, la patria del rey de los reyes, convertida en la edad media en herencia de una viuda veneciana, fue vendida por esta á la república de Venecia, por doscientos ducados

de renta vitalicia, y quinientos pagados en una vez. Coronelli refiere este contrato. *Omnia vanitas.*

En Argos fui recibido por el médico italiano Avramiotti, á quien Mr. de Pouqueville vió en Nauplia, y á cuya nieta, acometida de un hidrocefalo, hizo la conveniente operacion. Mr. Avramiotti me enseñó un mapa del Peloponeso, en el que habia empezado á escribir, con Mr. Fauvel, los nombres antiguos al lado



UN KÁN EN LA LACONIA.

de los modernos; este será un precioso trabajo; pero que solo puede ser llevado á cabo por hombres que, durante muchos años hubiesen habitado en aquellos lugares. Mr. Avramotti habia labrado ya su fortuna, y empezaba á suspirar por Italia; hay dos cosas que reviven en el corazón del hombre á medida que adelanta en la senda de la vida: la patria

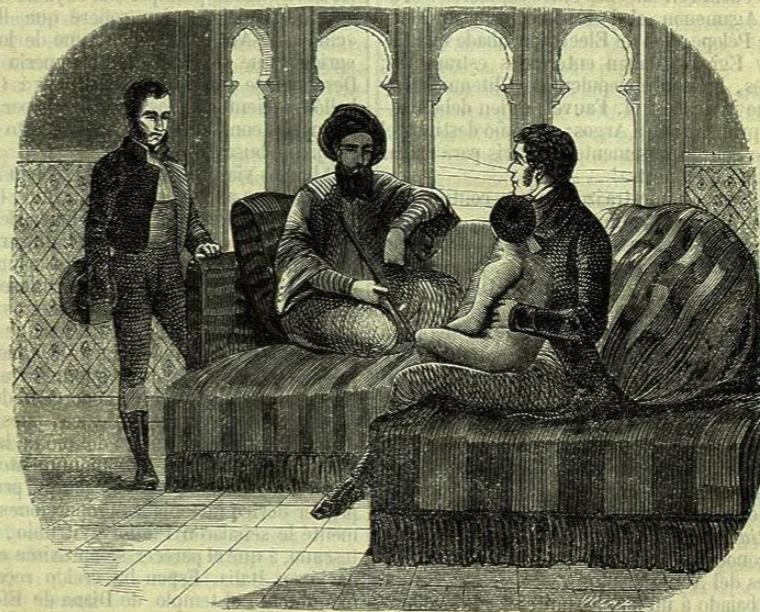
y la religion. Es en vano haber olvidado una y otra en la juventud, pues tarde ó temprano se nos presentan con todos sus encantos, y despiertan en el fondo de nuestros corazones el amor que justamente se debe á su hermosura. Hablamos, pues, de Italia y de Francia en Argos, por la misma razon que el soldado argivo que seguia á Eneas, se acordaba de Argos a

morir en Italia. No tratamos de Agamenon, aunque al día siguiente debia yo visitar su sepulcro; conversáramos sobre la azotea de la casa que dominaba el golfo de Argos; acaso desde aquella azotea una pobre mujer arrojó la teja que puso término á la gloria y á las aventuras de Pirro. Mr. Avramiotti, mostrándome un promontorio al otro lado del mar, me decia: «Allí fue donde Clitemnestra aportó al esclavo que debia dar la señal de la vuelta de la flota griega;» y añadía: «¿Venís ahora de Venecia? Creo que haria bien en tornar á Venecia.»

Al amanecer del día siguiente dejé á aquel desterrado en Grecia, y emprendí con nuevos caballos y un nuevo guía, el camino de Corinto. Creo que Mr. Avramiotti no sintió verse libre de mí; pues aunque me habia recibido con mucha cortesía, era fácil conocer que mi visita no habia sido muy oportuna.

Después de media hora de marcha atravesamos el Inaco, padre de Io, tan célebre por los zelos de Juno; antes de llegar á este torrente, se hallaba en otro tiempo, al salir de Argos, la puerta Lucina y el altar del Sol. Media legua mas lejos, y al otro lado del Ina-

co, hubiéramos debido ver el templo de Ceres-Misia, y mas allá el sepulcro de Tieste y el monumento heroico de Perseo. Detuvimos casi en la altura donde existian estos monumentos en la época del viaje de Pausanias. Ibamos á dejar la llanura de Argos, acerca de la cual tenemos una excelente memoria de Mr. Barbié de Bocage, y próximos á entrar en las montañas de la Corintia, veíamos á Nauplia á nuestra espalda. El lugar á donde habíamos llegado, se llama *Carvati*, donde es preciso desviarse del camino, para buscar á la derecha las ruinas de Micenas, que Chandler no habia visto á su regreso de Argos; estas ruinas son muy conocidas en la actualidad, á causa de las escavaciones que lord Elgin hizo practicar en ellas, á su paso por la Grecia. Mr. Fauvel las ha descrito en sus Memorias, y Mr. de Choiseul-Gouffier posee sus dibujos; el abate Fourmont habia hablado ya de ellas, y Dumonceaux las habia visto. Atravesamos un matorral, y un angosto sendero nos condujo á estas ruinas, que son aun casi lo mismo que eran en tiempo de Pausanias, porque hay dos mil doscientos ochenta años que Micenas está destruida. Los argivos la destruyeron sin dejar piedra



EL HIJO ENFERMO DE IBRAHIM-BEY.

sobre piedra, envidiosos de la gloria que habia conquistado al enviar cuarenta guerreros á morir con los espartanos en las Termópilas. Allí empezamos á examinar el sepulcro á que se ha dado el nombre de *Sepulcro de Agamenon*, monumento subterráneo de forma circular, que recibe la luz por la bóveda, y que nada tiene de particular, si se exceptua la sencillez de su arquitectura. Éntrese en él por una cortadura que va á parar á la puerta del sepulcro, que estaba adornada de pilas de mármol azulado bastante común, estraido de las montañas inmediatas. Lord Elgin ha hecho descubrir este monumento, y desembarazar su interior de las tierras que lo obstruian. Una mezquina puerta conduce desde la planta baja á un aposento de menor estension. Después de haberla examinado detenidamente, creo que este aposento es una mera escavacion hecha por los trabajadores fuera del

sepulcro, porque no he visto paredes. La mezquina puerta, acaso no era sino otra abertura del sepulcro. ¿Este ha permanecido siempre subterráneo, como la rotunda de las catacumbas en Alejandría, ó se alzaba sobre el suelo, como el sepulcro de Cecilio Metello en Roma? ¿Tenia una arquitectura exterior, y á qué orden pertenecía? Dudas son estas que aun están por resolver. Nada se ha encontrado en este sepulcro, y ni aun hay certidumbre de que sea el de Agamenon, mencionado por Pausanias. (1)

Al salir de este monumento atravesé un valle estéril, y ví las ruinas de Micenas en el costado de una colina opuesta, donde admiré especialmente una de las puertas, formada de trozos de peñascos gigantes-

(1) Los lacedemonios se envanecian tambien de poseer las cenizas de Agamenon.